

La zafra

Alfonso Gual

Un grito de inmenso júbilo salió de la garganta de aquel centenar de obreros que vivía en el ingenio, cuando la chimenea, que se alzaba majestuosa y gallarda, comenzó a echar las primeras bocanadas de humo negro que, al condensarse en la tranquila atmósfera, parecía una de esas nubes que amenazan deshacerse en sendos y prolongados aguaceros...

En efecto: la zafra comenzaba, y en los colonos del ingenio notabas cierta alegría extraordinaria, sólo comparable a la de los días de fiesta más señalados. Los hombres iban y venían en abigarrada confusión y los mayores daban gritos desaforados colocando en su sitio de acción a cada uno de aquellos hombres de tez curtida, de manos callosas y de membrudos brazos, a fin de tenerlo todo preparado antes que las máquinas comenzaran a mover la inextricable armazón en que deja la caña su sabrosísimo jugo.

En la precipitada designación de la labor que cada uno había de ejecutar, señalose a Juan, el apuesto y vigoroso mocetón, cuyas formas atléticas y bien proporcionados rasgos físicos habían sido objeto de acaloradas disputas entre las mozas del lugar, un puesto de confianza, pero que no por ello dejaba de ser bastante peligroso.

Cuando todo estuvo dispuesto y la brújula señaló suficiente grado de vapor para poner en movimiento la formidable maquinaria, de sus válvulas escapose algo así como una nube de blanco humo, e inmediatamente comenzó a retemblar el piso. La incontrastable fuerza del vapor jugueteaba con aquellas inmensas moles de hierro, que crujían en sus ejes como pidiendo que se arrojara en sus hambrientas fauces, caña, mucha caña!...

II

Las mujeres, en número considerable, ataban y cargaban en sus hombros gruesos haces de caña para depositarlos en la *hamaca*, que, en su acompasado movimiento, las iba dejando en el horrible plano inclinado que termina en las masas. Allí, en la admirable y a un tiempo mismo pavorosa combinación de aquellas tres moles de acero, crujían un instante y en seguida aparecían por el lado opuesto exhaustas de su jugo...

Entre cantos de alegría, que semejaban himnos elevados a Dios por el bienestar que les brindaba el comienzo de la zafra, los trabajadores del ingenio pasaban sus días sin que nada viniese a turbar la envidiable felicidad que latía en todos sus corazones.

¡Y era de ver el animado espectáculo que se ofrecía a la vista del observador cuando, a la caída de la tarde, abandonaban los obreros su labor, y, formando animado corro de hombres y mujeres, contábase, entre risas de alegría, las peripecias ocurridoles durante su faena de doce horas!... ¡Ya daba que pensar la atención que prestaban todos a cuanto les refería Juan, y, sobre todo, la explosión de júbilo que estallaba entre los trabajadores de la *hamaca* al aparecer en escena el predilecto mozo!

Todo, pues, respiraba el más acabado bienestar, y, para el final de la zafra, ya les había ofrecido el administrador una fiesta digna de sus comportamientos!...

La idea de una *juerga*, tocada por la música del pueblo, y el banquete, y las sendas libaciones, todo ello constituía el sueño dorado de aquellos cándidos trabajadores!...

Fácil era, pues, explicarse el porqué de sus afanes durante las horas de labor!...

III

El por tanto tiempo esperado día, llegó al fin!

Dese muy temprano el pito del ingenio no cesó de anunciar que había terminado la zafra. Los trabajadores todos redoblaban sus esfuerzos por terminar lo más pronto el trabajo del día y de todos los

labios no se oía otra cosa que el obligado tema de conversación que siempre recaía en la próxima *juerga*.

En el semblante de todos veíase la satisfacción pugnando por dar rienda suelta a sus ímpetus... Y ya las mujeres señalaban las danzas y el parejo con quien habían de bailarlas!... Y no pocas fueron las discusiones al insinuar ésta o aquella moza sus deseos de bailar con el disputado Juan!

Todo esto ocurría entre las trabajadoras de la *hamaca*, y algunas habían entonado ya sus coplas rebosantes de despecho y celos mal reprimidos, cuando en el establecimiento resonó un grito horrible, grito de dolor, de suprema angustia, que fue repetido por todos los que allí estaban y que, trasponiendo los umbrales del edificio, produjo pánico inmenso en las trabajadoras alegres.

Detiéndose súbitamente las ruidosas maquinarias; a la algazara sucede un silencio profundo; los labios todos, que hacía un momento no tenían sino palabras de satisfacción, ahora permanecían abiertos, mudos, lívidos, en presencia de la desgracia. Las mujeres prorrumpían en sollozos de dolor, y en el ingenio, que era todo alegría, tal parece que flotara entonces el hálito glacial de la siniestra viajera.

Y así fue en efecto: el pobre Juan, el corpulento mozo del ingenio, la pesadilla constante de las mozas del lugar, en un lamentable descuido cayó entre las masas y su atlética musculatura pasó por entre las pesadas moles como si fuera una caña...

Y allí está, al lado opuesto de la pavorosa armazón, horriblemente mutilado, ensangrentado, desconocido, a tal extremo, que las mozas se apartan presurosas de él exhalando un prolongado y doloroso grito...

¡Sólo la chimenea continuó vomitando humo, ajena a la desgracia que a todos afligía, humo negro que se condensaba en la atmósfera y parecía una de esas nubes que amenazan deshacerse en sendos y prolongados aguaceros!...

Si tal hubiera ocurrido, entre aquellos sencillos trabajadores perduraría la creencia de que aquel día la Naturaleza lloró con ellos la desaparición eterna del camarada infortunado!...¹

¹ Alfonso Gual, "La zafra", *Bocetos literarios*, Ponce, Tipografía Baldorioty, 1905; pp. 3-8.